

mo lo indica la fig. 14, la cruz 1 sobre el punto 4, — la cruz 2 sobre el punto 2, — la cruz 3 sobre el punto 3: esta parte plegada B con B se coloca debajo de la punta de delante del fondo, y entonces los dos lados de los pliegues marcados por la cruz 1 y la cruz 2, deben encontrarse en el espacio dos presillas dobles en el sitio señalado por dos cruces en la fig. 10.

Un fleco rizado muy estrecho se pone al rededor de la manteleta por el borde de dentro.

RINCONES DE ESPAÑA.

BUÑOL.

I.

Si alguna vez, querido lector, has viajado por miérlo placer; si alguna vez, con el pretexto de unas perdices, no esperadas, y acompañado de una escopeta que huebla en tus manos, has salido a caza de emociones y paisajes; si alguna vez, en fin, el ardiente sol de la coronada villa te ha obligado á veranear en un modesto pueblo, te habrá sin duda sorprendido la belleza del suelo patrio, y los tesoros de poesía y de grandeza, que ocultan sus mas pequeños valles y sus mas insignificantes montañas.

Algun tiempo despues, y en medio del bullicio de la Corte, habrás recordado con placer los preciosos detalles de cada uno de esos rincones ignorados, y se habrán fijado mas en tu imaginación y en tus deseos, por lo mismo que yacen en un completo olvido.

Todas las provincias de España ofrecen á manos llenas esos encantos, tan duraderos y variables como la naturaleza que los produce, y cuando

rancos, á cuyo lado juegueca culebreando el camino, los muros se elevan lentamente hasta colocarse un centenar de pies sobre vuestra senda, como empujados desde el fondo de la tierra, por una mano poderosa.

El pigmeo se convierte en gigante, y las débiles paredes en un pintoresco castillo, situado sobre las rocas, que la imaginación mas tardia ve instantáneamente cubierto de escuderos, pages, hombres de armas y sombríos señores.

Y á sus pies, ocultándose timidamente en su sombra, el pequeño pueblo con sus lindas casas y con su alta torre, emblema material de la lucha entre el feudalismo y la religión.

¿Apetecéis los primeros? Los encontrais á cada paso en *tablas* ó mesclas inmensas de feracísima huerta, sobreuestas unas á otras y escalonadas hasta la cima de las montañas. El algarrobo brinda con un cómodo asiento en sus raíces descarzadas y caprichosamente dispuestas, y concede una sombra apacible con su espeso follaje. A su pie suele brotar alguno de los innumerables manantiales que fertilizan el terreno, llevando la frescura á la abierta boca del curioso forastero, y el inocente coquetismo á la niña que se ve hermosa en su puro cristal.

¡Cuántas veces han perdido los forasteros la calma del corazón en aquellas tortuosas sendas, bajo aquellas frescas sombras y oyendo murmurar las claras fuentes!

¡Porqué las pálidas y hermosas hijas de Valencia la árabe; las niñas de esbeltas formas y de languida mirada, van frecuentemente á distraer sus penas en tan deliciosos sitios, y no saben que al dejar correr su ardiente imaginación, se poetizan á sí mismas, y hacen soñar en todas las dulzuras del amor espiritual!

¡Y cómo no amar dulce y tranquilamente donde ama la naturaleza entera?

¡Dónde bajan gorgoritando las aves viajeras, para beber en la limpia fuente que murmura á vueltas piés!

¡Dónde los cantos perdidos y melancólicos de los trabajadores, llegan hasta los oídos como deliciosas y vagas armonías!



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAJE DE FULARO LILA. bordado de trenzillo de punto de color mas oscuro sobre un dobladillo de 10 centímetros de alto. Manteleta grande de mafan negro, bordado de trenzillo igual á la del trago, y guarnecida con dos filas de galón de 12 centímetros de alto. Sombrero de crin color cuero, muy claro, enteramente guarnecido de enaguas negras; interior compuesto de rizadas de tul y florecillas lila y violeta; bordas iguales al sombrero.

TRAJE DE ALPACA color de fieltro.—Lo bajo de la enagua se guarnece con dos tiras de telas más oscuro que la alpaca: la primera tiene 8 centímetros de ancho, y la segunda 6. Entre las dos tiras guirnalda de hojas de encina con bellotas, de telas igual á las tiras, recortado con el sacacorchos, y con trenzillo fino al rededor. Salmiárcara igual al traje. Sombrero redondo de paja de Italia gruesa, guarnecido de terciopelo azul, y con plumas negras.

su conjunto consigue dar celebridad á un lugar, todavía hallamos en él bellezas ignoradas para los primeros curiosos; bellezas que un lápiz *lleno de patriotismo* ó una pluma que siente, se atrevan á presentar á la vista de otros hombres.

Esto es lo que ha sucedido con Buñol, pequeño pueblo de la provincia de Valencia, situado en la falda de la sierra de las Cabrillas, é inmediato al antiguo y hermoso camino real que conduce á la corte.

II.

Nada hace presentir la belleza de este lindo rincón al forastero, hasta que se halla de improviso, en el momento de juzgarla por completo.

Imaginad el camino que se pierde en un hondo barranco, y en cuya terminación se dibujan unos arruinados muros, que parecen servir de dique contra el torrente.

Despues, y á medida que os va atrayendo el bar-

Y como premio á la modesta morada de tales habitantes un pañorama immense, un valle delicioso, hiere de repente vuestra vista, enseñándoos los variados matices de un cultivo incansable y de una asombrosa fertilidad.

Lejanas colinas, coronadas por otros castillos que parecen hablar todavía entre si en el lenguaje de las hogueras y de las fatídicas trompas, cierran este magnífico paisaje y seméjan vigilantes centinelas que se despiden de las miradas de todos.

III.

Hundidos en aquella *hoja*, como la llaman sus moradores, separados casi por completo del mundo entero, puesto que nadie veis mas allá de las montañas que os cercan por todas partes, puede cada cual, segun su gusto y predilección, buscar paisajes sencillos y tranquilos, bellos y respetuosos, sublimes e imponentes.

Dónde el galopar de los caballos, el ruido sordo del río, el movimiento de las hojas, y hasta los pasos lejanos exaltan la imaginación y colocan al sentimiento en un estado indescriptible!

Paisajes de esta naturaleza desarrollan siempre en el hombre y como por instinto el amor: ese amor immense, que empezando por la adoración de Dios, llega á la de la naturaleza: que ama al hombre como hermano y que ansiendo dar culto á la belleza que por todas partes le rodea, tiene inevitablemente que amar á la mujer, como su mas genuina representación.

IV.

Buscais espectáculos bellos y magestuosos? Id á la *Cueva de las Palomas*, al *Riuón de Furche*, á la *Fuente de San Luis*, excavaciones y abismos caprichosos que las rocas han formado, merced al incansable cincel de las aguas, que cada dia se es-

meran en pulir y acabar sus magnificas obras.

Y los mismos terminos familiares del pais, poéticos y sencillos como todos los del pueblo, hablan mas á la imaginacion que cuanto el poeta mas brillante pudiera decir al describir tan magnificos lugares.

Rincón de Furche! vacío inmenso trabajado por las rocas, cerrado de un modo impenetrable á todas las miradas, sonriente á la aparicion de la aurora, triste y magestuoso á la caida de la tarde.

Rincón de tierra donde el hombre desaparece envuelto y amenazado por las rocas, que (amidas en su base por limpidas fuentes) parecen reírse de la gravedad y sostenerse únicamente por una voluntad imperiosa.

Y como aquellas inmensas paredes rodean ó ciñen un pequeño círculo, donde penetra segura la planta del hombre, se llaman *cintos*, en el lenguaje del país; es decir, ceñidores del manto siempre verde y lozano de aquella tierra privilegiada.

¿Pero cómo describir los mil preciosos detalles de uno solo de aquellos cintos? En el centro de una de las rocas perpendiculares, cubierta con triple capa de yedra, existe una pequeña caverna vedada por una cortina de agua que detiene al curioso y defendida por una cuesta á medio de escalerita, capaz de arredar al mas valiente.

Así demuestra la naturaleza al hombre cuál es su grandeza; es la unidad de medida que puede comparar en su pensamiento.

Cuántas veces al pie de aquellas sombrías rocas y entre la explosión de alegría de una fiesta campesina, han asaltado dolorosos pensamientos á los mismos que se relían!

Porque en medio de una naturaleza grande y magestuosa, el *espíritu* no puede entregarse del todo al placer; porque la melancolia es compañera inseparable de ese placer intelectual.

¿Es que se encuentra el hombre excesivamente grande en su ambición y excesivamente pequeño en sus medios de lograrla, ó es que recuerda toda su vida, consagrada casi por completo al dolor?

Sombras queridas de tan queridas montañas, ¡cuantas veces he pasado tranquilo á vuestros pies, protegido por un padre amado, que al recordar á vuestra vista los encantos de su niñez, ignoraba que mas tarde había yo de imitar su ejemplo, pero mezclando á esos encantos el recuerdo doloroso de su pérdida!

Felices días ya pasados, ¿por qué no volvéis si quiera á revivir en mis sueños?

V.

Si tienes, lector, un corazón intrépido y ardiente, si amas el peligro, porque te engrandece á tus propios ojos; si deseas desafiar á la naturaleza con tu pensamiento y dominarla con la inmortalidad de tu alma, al mismo tiempo que ella se venga, haciendo temblar tu cuerpo, no dejes de visitar á Carecalin.

Carecalin es simplemente un puente construido entre dos montañas (sin intervención de la mano del hombre), que dando paso á un pequeño río por un estrecho arco, le obliga á formar una gran laguna á su salida.

Hay varias opiniones acerca de la formación de este puente.

Quien supone que parte del monte vecino, cansado de luchar con las tempestades y la nieve, se fué al río á descansar de sus fatigas.

Quién sostiene con buenos datos que el agua no hallando paso, perforó la roca para seguir su marcha triunfante.

Pero sea de ello lo que quiera, el espectáculo es magnífico y hace olvidar las teorías geológicas.

Porque desde lo alto de ambos cerros, por donde van las sendas que os llevan al puente, veis abrirse á los pies un inmenso abismo, que hacen mas terrible los rocas, cortadas perpendicularmente en una gran extensión y lisas y *jalonosas* por la acción de las aguas.

Y cuando una piedra empujada por la mano del hombre ó desprendida por sí misma va á buscar su lecho en el fondo del barranco, el eco monotonio y lento de las montañas, va repitiendo su ruido lastimero y el quejido de moribundo que parece arrajar al sepultarse en las aguas.

Creemos entonces que aquella naturaleza salvaje está animada; que aquellos montes que asoman su enorme cabeza al abismo, tienen voz y sonrisa, para reírse de vuestros esfuerzos; y qué repiten burlonamente las palabras del hombre, y que se regocijan cuando algún ser va á sepultarse en su profundo seno.

¿No es verdad que hay algo de misterioso en los ecos de una montaña y que no deben extrañarse las

grandes extravagancias con que la imaginación los ha sublimado?

Después, cuando habéis llegado al punto en que la senda burlando al abismo, lame su costado y os hace pasar por bajo de una roca, que parece estar dudando el momento de lanzarse al fondo, tal círculo de impresiones asaltan al ánimo, que el terror ya no puede dominarle, y los sentidos se acostumbran á jugar con el peligro, como si quisiesen insultar su grandeza.

Llegada a la superficie del puente, el agua clara y fresca que brota de varias fuentes, os distrae para prepararos nuevas emociones.

Entonces observáis los arroyuelos que corren por todas partes; la soledad que os rodea; el eco repetido del ruido más insignificante; el lejano cencerro de la oveja y la actitud tranquila de la cabra que se destaca como un átomo en la saliente punta de una peña, inclinada hacia el río. Aquí un árbol, colocado horizontalmente, ofrece con amor sus frutos al agua en que se retrata; mas allá los magníficos ramos de una corpulenta parra, penden sobre el barranco, como queriendo ocultarse á los ojos del hombre; todavía mas lejos, una serie de pedruscos sobrepuertos unos á otros se asoman con curiosidad para ver lo que pasa en el fondo; y este, formado de apiladas filas de montañas, parece guardar afiadadamente la obra de la naturaleza.

Y, cuando después de un peligrosísimo descanso, se llega al fondo y resbalando de espaldas por las rocas amarillentas, cae sobre vuestra cabeza el agua en que antes habeis bebido, el espectáculo se convierte en maravilloso.

Al arco único del puente, forma á poco de la entrada, una curva muy rápida hacia la izquierda, que impide ver la salida. Jamás ha llegado el atrevimiento del hombre á penetrar en el centro de aquella estrecha bóveda.

Cuando los curiosos se acercan con lachas encendidas, ven solamente á sus pies un vacío inmenso, hondo cuyo negro fondo corre el agua, y cuyas caprichosas curvas no puede seguir la vista más perspicaz.

Figuras mamelonas, y estalactitas admirables, adornan por todas partes las paredes, semejando espejos, bocas que se abren para reír, arañas con cuerpo humano, y todo cuanto puede concebir de mas horrible y grotesco una imaginación privilegiada.

Y si arrojas una piedra al misterioso antro, un ruido estridente, cien veces repetido responde á vuestro insulto y crecís á cada momento ver salir del fondo al genio de aquellos lugares, preguntando porqué turbais su eterno silencio.

Sin embargo, de tan magníficos datos, no ha sacado la imaginación poética de los habitantes ninguna fantástica leyenda.

Todo se reduce á un suicidio inspirado por el amor, y del que fué víctima un muchacho, por otra parte inofensivo.

Pero puede creerse que aquel lugar, tan privilegiado por la naturaleza, haya pasado toda la edad media sin ser teatro de algún drama sangriento, cuando el pueblo tenía su señor de horca y cuchillo, su palacio fortificado, sus lanzas, sus hermosas condesas, prácticamente misteriosas, y todo ese atractivo en fin de los siglos de la fuerza tan agradables para la poesía, y tan anatematizados por la razón.

VI.

Yo por mi parte, lector, te prometo, buscar en los archivos del Buñol (si es que existen) alguna conseja que contarte, donde haya mucho de desafiar á la luz de la luna, armaduras negras, caballos, relámpagos y demás zarandajas.

Pero entretanto no puedo dejar de aconsejarte que procures pasar una temporada en ese precioso rincón de España, para solaz de tu imaginación, para recordar tu luna de miel, si eres casado, y para soñar en la venidera, si pertenes todavia al estado honesto.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

por
EMILIA CARELLEN.

[Continuación.]

Lavinia no carecía de amigos dispuestos á recibirla; aunque sin fortuna, poseía la suficiente para atender á sus necesidades; hermosa, bien educada, distinguida en todo, muchas manos se tendieron para recibirla. Así repitían por todas partes ironíamente al ver que se refería á la triste pero buena casa de su anciana tía, que

la joven era mas previsora de lo que habían supuesto, y que sabía muy bien lo que se hacía.

En la vasta y rica casa donde iba á vivir, todo era frío y sombrío como en un ancho sepulcro. La anciana Shoneberg pasaba allí su existencia rodeada de sus favoritos, que eran un viejo loro, una vieja doncella, y un gato y un perro á cual mas viejos. *Únicamente Lavinia era joven* en aquel gran museo de antigüedades, y á fin de que no se apoderase de ella un fastidio mortal, su buena tía la regaló al instante un precioso perro blanco, un par de canarios y varios pecesillos de colores. Con esto era evidente que jamás se aburriría, y que este grupo de interesantes animalitos no dejaría de entretenérsla constantemente.

Lavinia agradeció estas muestras de interés, y simpatizó con la anciana con todo el ardor de un corazón que habiendo sido hecho para amar, se encontraba de repente despojado de todos los goces del cariño. Pero las ocupaciones que le había suministrado la ingeniosa tía para distraerla de su pesadumbre, llenaban poquísimo sus instantes, y quedaban muchas horas que pasaban para ella con una tentación mortal. El dolor no basta para llenar una vida, y por profundo que pueda ser, hay siempre en el corazón que *fazade un puesto para el enojo*. Lavinia lo sintió, á pesar de las fugitivas distracciones que podía proporcionarle su correspondencia con su hermano.

—Temo, hija mía, que el tiempo no te parezca aquí muy largo, decía invariablemente todas las noches la anciana tía cuando se había despedido la tertia, y que veía á Lavinia sentada junto á la ventana y mirando con ojos distraídos.

—Quizás, mi querida tía, respondió una vez la joven, quizás sea bueno que tratase yo con algunas personas de mi edad.

—Y porqué no las convidas? Recibe en tu aposento como yo en el mío, hazte tu reunión; pero por Dios, que no haya ruido, soy enemiga de las carcajadas y el bullicio.

Débilmente animada por esta autorización, Lavinia trató sin embargo de llamar en su derredor á algunas jóvenes; pero qué interés puede tener para las niñas una reunión en la que se hallan solas? El pequeño círculo se deshizo muy pronto, y Lavinia se quedó como antes en la soledad.

—Es preciso, se dijo Lavinia, que trate de libertarme del enojo que se apodera de mí, y que ejerza una influencia funesta en mi naturaleza. Cuando la tristeza se cambia en aburrimiento, pierde su carácter puro y elevado; el dolor es una cosa demasiado noble para permitir que se transforme en esa languidez ociosa que apaga todo lo que hay mas vivo en el alma.

A la otra mañana, en el momento en que la joven se disponía á informar á su tía de sus proyectos, esta la interrumpió partiéndole una resolución que acababa de tomar, en la que se hallan solas? El pequeño círculo se deshizo muy pronto, y Lavinia se quedó como antes en la soledad.

Mas de diez años hacía que no había salido de su casa, y nunca hubiera hecho el sacrificio de alejarse de ella si no hubiese sido por el deseo que la animaba de distraer á Lavinia.

Lavinia en efecto se mostró contenta.

Por la primera vez conoció lo que vale el ser hermosa; por do quería se presentaba, suscitaba la admiración y las atenciones de todo el mundo. Tuvo muchos pretendientes que rechazó, pues entre las brillantes ventajas que aquellos partidos la ofrecían, no encontraba la única que apreciaba, un corazón segun su corazón.

—He hecho por ella todo cuanto he podido, decía con resignación la buena anciana á todos sus amigos el dia que estaba de vuelta en su casa, pero es imposible satisfacerla. Sucedrá lo que quiera; que se cause ó no, la culpa no será mía.

Lavinia no se cansó, pero tampoco recibió á su regreso sus antiguas costumbres; había adquirido sobre la señora Shoneberg una influencia que nunca empleaba sino con el mas tierno respeto, pero que la dejaba libre sin embargo de acomodar su vida á sus gustos y necesidades. Freuentaba las reuniones, y hasta logró que su tía recibiera en su casa, y de esta manera se fué animando poco á poco al sepulcro de Shoneberg nombre que había llevado durante mucho tiempo la solitaria viuda.

Llegado el invierno nuevas pretendientes se presentaron, pues la fortuna de la anciana tía aumentaba el prestigio de las virtudes y belleza de la joven; pero ella parecía resuelta á no casarse nunca, y tampoco oyó las nuevas proposiciones que la hicieron entonces.

En esto estaban las cosas, cuando al recibir un día la visita de su médico, que por los ricos honores que la anciana le pagaba le tenía al corriente de todo lo que pasaba en la ciudad y aun fuera de sus muros, la señora Shoneberg vino á saber que un joven barón gravemente enfermo debía llegar dentro de pocos días á aquella tierra para respirar un aire mas sano; el doctor, que le conocía, había recibido una carta de él, en la cual le suplicaba que le buscase una pequeña habitación bastante retirada y tranquila, en armonía con las necesidades de su queridísima salud, y con los caprichos de su espíritu misantropico.

—No hay duda que le harán ofertas, dijo la anciana bien diente de pensar que el doctor tratará de proponerla semejante inquilino.

—Seguramente, repuso el médico, las ofertas no faltarán, pero pocas personas se ocuparán de proporcionarle el reposo que necesita. Y á la verdad, no veo ningún retiro que pueda convenirle, á menos que vos no quisier-